

En las inmediaciones fué dispersada durante la noche una comitiva de religiosos y coegia es, que no sufrieron males mayores, salvo el consiguiente susto.

Durante los días de revuelta no había en la población un solo individuo de fuerza armada.

El pueblo descansaba en el sentido moderado de los jefes del movimiento.

En los últimos días de la semana se recaudaron fondos, contribuyendo al mundo, y de los mismos se repartieron el sábado determinadas cantidades a todos los obreros.

El domingo por la mañana celebróse la acostumbrada reunión en la plaza grande.

El jefe del movimiento felicitóse de que, gracias a la generosidad de los habitantes de la villa, los obreros hubiesen cobrado una cantidad aproximada a la de sus jornales, y manifestó que el movimiento había fracasado en Barcelona y demás poblaciones subvías, estimando, por tanto, que al día siguiente debía reanudarse el trabajo.

Los reunidos contestaron que sí y dióse por terminada la intención.

Pocos momentos antes había llegado por la vía de Francia un tren conduciendo Guardia civil y operario; para reparar los desperfectos de la línea.

DESDE MADRID

EL SEÑOR SOL Y ORTEGA

En el tren expreso de Barcelona llegó ayer mañana a Madrid el señor Sol y Ortega.

Hemos tenido ocasión de hablar con el ilustrado Guardia este respecto en cuanto a la totalidad del juicio que le hayan inspirado los tristes acontecimientos; sin que esta reserva signifique otra cosa que su propósito de hablar cuando sea conveniente a los altos intereses de la patria.

A nuestras preguntas ha contestado el señor Sol y Ortega diciendo:

—Una sola afirmación he de hacer hoy y esa ruego a ustedes, muy encarecidamente, que se la transmitan al público.

Es la de que los acontecimientos de Barcelona no han tenido carácter separatista. Es más; diré que no han intervenido en ellos, ni poco ni mucho, los catalanistas de la derecha, ni de la izquierda, como tales entidades políticas y como tales representaciones de opinión.

Por respeto a la verdad y a la justicia, deseo que conste mi afirmación de que en el curso de los tristes acontecimientos no ha habido un sólo acto ni un sólo grito que autorice la suposición de que actuaban en Barcelona elementos separatistas.

No he de ser sospechoso, ciertamente, respecto a los que en otras ocasiones han expuesto en Cataluña ideas contrarias a la integridad de la patria. Respecto a los catalanistas de toda condición y laya, bien conocida es mi campaña constante. Eso da autoridad ciertamente a mi declaración; y deseo que conste porque es verdad y porque no prosperen insidias, que si prevalecieran causarían daño enorme a la nación.

Tampoco el movimiento puede ser calificado, según el señor Sol y Ortega, de anarquista, pues el hecho de haber sido incendiados algunos conventos no basta a atribuirle este carácter, como no se quiera pretender que lo ocurrido el año 35 del siglo pasado también tuvo carácter anarquista.

Igualmente hay que negar—dice el señor Sol y Ortega—que la insurrección ha sido republicana, pues ninguno de los partidos de tal nombre ha cooperado colectivamente a ella, ni tenido siquiera noticia de que iba a promoverse.

Lo que hay es que en la huelga primero y en los últimos acontecimientos, searon parte activa en estos populares de toda clase de ideas, cosa que no puede imprimirse a aquella filial política o social determinada.

• POR TELÉGRAFO

Madrid 4—v. h.

Detalles

Signen recibiendo noticias de Barcelona, que que sólo traen detalles de lo ocurrido.

Por el os se ve que los sucesos en Pueblo Nuevo fueron mucho más sangrientos de lo que se había dicho.

En Manresa, además de las tres iglesias, quemaron los amotinados las casas de los consumos.

En la cárcel de Barcelona han ingresado hoy bastantes de los presos condenados por los Consejos de guerra en juicios sumarísimos.

Desconócense las sentencias pero se asegura que son muy graves.

En breve se nombrará una Comisión encargada de buscar en los conventos incendiados los libros y objetos artísticos.

A las tropas que han intervenido en los sucesos pasados se les concederá plús de campaña.

Ha llamado la atención que el gobernador de Barcelona haya dado a entender al señor Maura que el Gobierno tenía parte de culpa en los sucesos, pues sin la declaración del estado de guerra y la incomunicación no hubieran revestido tanta gravedad.

En una de las colisiones de Barcelona resultó herido de un brazo el caballo que montaba el general don José Mora.

Un agente de policía de aquella ciudad se ha vuelto loco después de los sucesos, padeciendo delirio de persecución.

Las comunicaciones telegráficas y telefónicas siguen haciéndose con dificultad por la escasez de hilos y aglomeración de servicio.

Sesión borrascosa

El ministro de la Gobernación ha dicho que anoche se celebró sesión el Ayuntamiento de Barcelona y la región i-tas presentaron una proposición protestando de los disturbios ocurridos, a la cual fué aprobada por 22 votos contra 17.

Los elementos radicales del Municipio estimaron inoportuna la protesta, y con este motivo se produjo un enorme escándalo entre los concejales, increpándose furiosamente unos a otros.

Más detalles véanse en la sección de telegrafía.

Sección de Nájera

Ayuntamiento.—Viajeros. De festejos.

NÁJERA. 4.—Bajo la presidencia del alcalde don Buenaventura Alonso y con la asistencia de los concejales señores Caballero, Gasco, Pascual, Onate, Jiménez, Rioja, Urbina, Garnica y Miraz, se celebró el lunes a las ocho de la noche sesión municipal ordinaria.

Leída el acta de la sesión anterior, fué aprobada.

Se dió cuenta del presupuesto hecho por el herrero don Galo Martínez para el arreglo de las puertas del cementerio, las cuales se encuentran en mal estado. Aquel asciende a 30 pesetas.

A propuesta de los señores Caballero y Gasco, se acordó dar autorización a la Comisión respectiva para que se entrevistase con los industriales herreros de esta ciudad, con objeto de que efectúe la reparación quien mejores condiciones haga en el precio.

Segundo y último asunto que figuraba en el orden del día era el pago a los dependientes del Municipio.

Se abrió discusión amplia sobre ello, y a pesar de haber distintos pareceres, se tomó el siguiente acuerdo:

Que el pago se efectúe por mensualidad y no por trimestres, y que se abonen los sueldos del mes de julio, destinándose el sobrante que haya para pagar los sueldos atrasados.

Se presentaron varias facturas de don Nicomedes Ochoa, las cuales examinó la Comisión de Hacienda antes de presentarlas a la aprobación.

No habiendo más asuntos, se levantó la sesión.

Salieron para Algorta doña Dolores López, con su hijo Eduardo y su hermana señorita Brevita López.

Después de pasar las fiestas de Santiago en Viniegra, regresó el estudioso joven Galo Palomares.

Marcharon al balneario de Cucho don Trifón Heredia, magistrado jubilado, y don Francisco Alonso, maestro de Cordován.

Vino de Arnedillo el industrial don Luis Jiménez.

Ayer se reunió la Comisión de Festejos.

Don Julián Pascual dió cuenta de tener un buen cartel para dar una novillada el primer día de fiestas.

No podemos hoy decir nada, pero desde luego adelantamos que tanto la ganadería como los toreros son de primera fila.

Para la mejor organización se nombraron tres Comisiones: una se encargará de la preparación de la corrida y becerrada, otra de la construcción de la plaza y la tercera de los demás festejos.

A fines del mes corriente se dará a conocer el programa.

Hoy empezará la recaudación de las cantidades suscritas.—P.

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Ataque a los blokaus

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Ataque a los blokaus

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Ataque a los blokaus

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Ataque a los blokaus

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Ataque a los blokaus

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Ataque a los blokaus

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Ataque a los blokaus

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Sección de Nájera

Ayuntamiento.—Viajeros. De festejos.

NÁJERA. 4.—Bajo la presidencia del alcalde don Buenaventura Alonso y con la asistencia de los concejales señores Caballero, Gasco, Pascual, Onate, Jiménez, Rioja, Urbina, Garnica y Miraz, se celebró el lunes a las ocho de la noche sesión municipal ordinaria.

Leída el acta de la sesión anterior, fué aprobada.

Se dió cuenta del presupuesto hecho por el herrero don Galo Martínez para el arreglo de las puertas del cementerio, las cuales se encuentran en mal estado. Aquel asciende a 30 pesetas.

A propuesta de los señores Caballero y Gasco, se acordó dar autorización a la Comisión respectiva para que se entrevistase con los industriales herreros de esta ciudad, con objeto de que efectúe la reparación quien mejores condiciones haga en el precio.

Segundo y último asunto que figuraba en el orden del día era el pago a los dependientes del Municipio.

Se abrió discusión amplia sobre ello, y a pesar de haber distintos pareceres, se tomó el siguiente acuerdo:

Que el pago se efectúe por mensualidad y no por trimestres, y que se abonen los sueldos del mes de julio, destinándose el sobrante que haya para pagar los sueldos atrasados.

Se presentaron varias facturas de don Nicomedes Ochoa, las cuales examinó la Comisión de Hacienda antes de presentarlas a la aprobación.

No habiendo más asuntos, se levantó la sesión.

Salieron para Algorta doña Dolores López, con su hijo Eduardo y su hermana señorita Brevita López.

Después de pasar las fiestas de Santiago en Viniegra, regresó el estudioso joven Galo Palomares.

Marcharon al balneario de Cucho don Trifón Heredia, magistrado jubilado, y don Francisco Alonso, maestro de Cordován.

Vino de Arnedillo el industrial don Luis Jiménez.

Ayer se reunió la Comisión de Festejos.

Don Julián Pascual dió cuenta de tener un buen cartel para dar una novillada el primer día de fiestas.

No podemos hoy decir nada, pero desde luego adelantamos que tanto la ganadería como los toreros son de primera fila.

Para la mejor organización se nombraron tres Comisiones: una se encargará de la preparación de la corrida y becerrada, otra de la construcción de la plaza y la tercera de los demás festejos.

A fines del mes corriente se dará a conocer el programa.

Hoy empezará la recaudación de las cantidades suscritas.—P.

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once, en que los grupos de moros que descendían del Gurugú engrosaban de manera alarmante.

Con un movimiento envolvente rodearon el blokau, atacándole furiosamente por los cuatro costados.

El fuego fué verdaderamente terrible.

A los primeros disparos cayó muerto el oficial que mandaba el destacamento; el sargento tomó el mando de la fuerza y el combate siguió firme y seguro por parte de los nuestros, desesperado y tenaz por parte de los a-tantes, que en su tremenda acometida llegaron a 50 metros del blokau.

Los soldados, parapetados dentro de él, respondiendo con descargas cerradas.

Inmediatamente se dió cuenta a la plaza de lo que ocurría por medio del helicóptero.

Por cierto que en el momento en que se acababa de comunicar, una bala de fusil rompió el aparato.

La noticia llegó a tiempo a la primera y a la segunda caseta; pero no una ni otra podía hacer una salida, porque el enemigo estaba oculto en las inmediaciones del terreno, y era peligroso avanzar para levantar alambradas y a abrir las puertas de las trincheras sin exponerse a una sorpresa peligrosa.

Tampoco por el mismo motivo se podían arriesgar, en medio de la noche, fuerzas que dejarían desguarnecidos los campamentos.

Limitáronse, pues, a disparar con las metralladoras sobre las aspilleras, que se vieron cejidos entre dos fuegos.

A pesar de eso no cejaron en su empeño, limitándose a correrse hacia la parte exterior de la línea férrea, con objeto de atacarle de frente.

Entonces rompieron el fuego las baterías de Lavadero y del Hipódromo, bombardeándolas por la espalda con disparos por elevación.

Ataque a los blokaus

Confidencias confirmadas

Decía en mis telegramas de ayer que el general Marina había ordenado a las fuerzas que cubren la línea desde el Hipódromo hasta las posiciones avanzadas que extremasen la vigilancia, especialmente por la noche, porque había confidencias de que los rifeños se proponían descender para cortar de nuevo la vía férrea y dificultar los trabajos de construcción de los blokaus.

Confidencias y temores han tenido, por desgracia, confirmación.

Los moros habían estado durante todo el día hostilizando a los ingenieros que construían el blokau entre la primera y segunda caseta, con disparos sueltos y sin aproximarse mucho.

Al advertir que la obra estaba terminada, redoblaron el ataque con algo más de empuje; pero obligados por vivo cañoneo, desaparecieron.

Dos horas después, a las ocho de la noche, empezaron a bajar grandes grupos desde las vertientes del Gurugú por las estribaciones de los barrancos que existen entre el río Lobo y el arroyo de Buixa, con su táctica de costumbre y el decidido propósito de atacar el blokau.

En el momento de un segundo teniente de la última promoción, recién salido de la Academia de Toledo.

Los moros comenzaron por levantar la vía férrea, con el propósito de dejar aislado el fortín.

Cuando llevaban levantados unos 30 rieles, 25 por cada lado, se abrió una extensión de unos 150 metros de vía, fueron sorprendidos en la operación por los defensores del fortín.

El oficial que mandaba el destacamento colocó un tirador en cada aspillera y salió con otros a un pequeño reducto, diciendo a los soldados:

«El jamá a mí el primero».

Allí estuvo dirigiendo el fuego hasta las once

